

Platón
PROTÁGORAS

INTRODUCCIÓN

1. *La situación del «Protágoras» entre las obras de Platón*

El *Protágoras* es el primero de los diálogos mayores en cuanto a la fecha de su composición. La habilidad literaria y la maestría expresiva con que está compuesto hacen, sin embargo, muy inverosímil la hipótesis de algunos estudiosos -como Von Arnim, Ritter, Wilamowitz- de que fuera el más antiguo de todos los diálogos de Platón, redactado aún en vida de Sócrates. Pero es evidente que es una obra de la primera época de la producción platónica, uno de los «diálogos socráticos», escrito con anterioridad al primer viaje a Sicilia¹. Comparte, en efecto, una serie de rasgos claros con los diálogos de este periodo inicial, con los diálogos breves que consideramos algo anteriores. La imagen de Sócrates parece responder por entero a lo que creemos característico del Sócrates histórico, ocupado en problemas de ética, interesado en «los razonamientos inductivos» (como dice Aristóteles), sin una doctrina metafísica, sin ninguna teoría de las Ideas. Por otra parte, la discusión planteada concluye, como en otros diálogos menores, sin haber encontrado una respuesta válida; y este final aporético sirve sólo para mostrar la insuficiencia del pretendido saber de los interlocutores y para que Sócrates nos invite a proseguir en el empeño de buscar la definición de la virtud, a persistir en la pregunta.

1. Para referencias bibliográficas concretas sobre esta cuestión de la fecha de composición, remitimos al libro de W. K. C. GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy*, vol. IV: *Plato, the Man and his Dialogues. Earlier Period*, Cambridge, 1975, páginas 213-235.

De entre los diálogos anteriores, más cortos, centrados en la inquisición acerca de una virtud determinada, nos recuerda especialmente, en algún pasaje concreto, al *Laques* (donde ya se había propuesto como ejemplo de virtud el valor, y en relación con éste se planteó el tema de la unidad de la *areté* y su proximidad al conocimiento, planteamientos muy característicos de la encuesta socrática). Por otro lado, la perspectiva con que el *Protágoras* aborda estas cuestiones es más amplia que la mantenida en los diálogos breves, ya que aquí no se persigue el dar la fórmula de tal o cual virtud en concreto, sino el determinar si la *areté* es enseñable en términos generales.

Ese carácter didáctico de la excelencia moral y política que aquí viene a discutirse -que es un tema del mayor interés en la época de la democracia ilustrada de Pericles y uno de los lemas de la ideología de los sofistas- remite en seguida a la existencia de una *epistémē* o *téchnē politiké*, sobre la que los presupuestos de Sócrates y de Protágoras son un tanto divergentes. Al final del diálogo asistimos a un curioso cambio de posición entre los dos principales interlocutores: Protágoras, que comenzó postulando como un hecho evidente la enseñanza de esa *areté*, desconfía de tal posibilidad, mientras que Sócrates, que comenzó por extrañarse de tal afirmación, se ve inclinado a admitir que si la

areté es conocimiento, como parece apuntarse, habrá de ser susceptible de enseñanza. Este desconcertante giro y aparente inversión de las actitudes iniciales, que el propio Sócrates destaca, deja la cuestión abierta a futuras preguntas. Habrá que volver a replantearse el problema.

El Protágoras puede también ser leído, y ha de ser leído, como un amplio proemio a otros diálogos donde Platón vuelve a estudiar los mismos temas con un planteamiento teórico más desarrollado sobre ideas propias ya más platónicas que socráticas, seguramente-, ahondando en la búsqueda de los valores éticos como entidades objetivas y transcendentales. El tema de la virtud y del conocimiento se replantea, sobre nuevos motivos, en el *Menón*. El tema de las enseñanzas de la sofística y sus implicaciones morales y políticas vuelve a discutirse en el *Gorgias*, con unos tonos de crítica mucho más duros y agresivos. Tanto el uno como el otro reciben un enfoque global en el marco de la teoría de la *República*. Hay una notoria progresión entre estos diálogos, un desarrollo filosófico que se corresponde con la elaboración de la teoría platónica de las Ideas.

La gran mayoría de los intérpretes modernos de estos diálogos están de acuerdo en asignar tales doctrinas, posteriores a la etapa de los «diálogos socráticos», a Platón, que va mucho más lejos que su escéptico e irónico maestro en la construcción de un universo teórico en el que surgen una ontología idealista, una psicología, una ética y un proyecto político interrelacionados.

Frente a esa progresión teórica conviene destacar que la figura del Sócrates personaje de nuestro diálogo es todavía una réplica bastante fiel de la del impenitente dialogador callejero, profesor de ignorancia consciente, el de la proclama del «sólo sé que no sé nada», enfrentado a los arrogantes sofistas de la Atenas ilustrada de Pericles. Desde esta perspectiva, que insiste en el hecho de que la filosofía platónica no reviste el carácter de un todo previo y de que el Sócrates del *Protágoras* es un remedo bastante fiel del Sócrates histórico, podemos también admitir que el hedonismo racionado, o, mejor dicho, el utilitarismo moral de su teoría de una «métrica del placer» como regla ética., pudo ser una tesis defendida por el viejo filósofo ateniense. Es cierto que luego Platón combatirá, poniendo sus ideas en boca de Sócrates, ese hedonismo, en el *Gorgias*, en la *República* (505b-c) y en el *Fedón*, y llegará a un análisis más profundo del concepto de «placer» en el tardío *Filebo*. Pero el irónico Sócrates, amigo de Antístenes y de Aristipo, pudo, a pesar de su ascetismo (en rigor, el ascetismo no es incompatible con esa «métrica de los placeres») y su conocida frugalidad, haber sostenido esta teoría. La tesis socrática (que recuerda al lector actual un principio sustentado coherentemente por Epicuro) de que un cálculo racional de los placeres puede convertirse en una segura regla de conducta ha sido considerada por otros comentaristas como una afirmación convencional para la discusión con Protágoras, tomándola como un supuesto provisional -que no expresaría la opinión real de Sócrates, sino una concesión en favor de una tesis de fácil consenso- para demostrar que, incluso sobre esa base, la *areté* y la *eudaimonía* se definirían como conocimiento. Pero no vamos a entrar aquí en la discusión sobre si este hedonismo, que ha motivado demasiadas y minuciosas discrepancias, es auténticamente socrático². No vemos reparos serios para que Sócrates no pudiera defenderlo.

2. Cf. GUTHRIE, *op. cit.*, págs. 231 y sigs. Y las notas de C. C. W. TAYLOR, en su comentario, *Plato, Protagoras*, Oxford, 1975, págs. 1611-200, que destaca las ambigüedades de expresión en esta argumentación de Sócrates. Cf. también el estudio de

T. IRWIN, *Platos Moral Theory. The Early and Middle Dialogues*, Oxford, 1977, especialmente págs. 102-114.

La conclusión del *Protágoras* es, como ya hemos dicho, un tanto sorprendente. Se ha producido una curiosa inversión de las posiciones de los interlocutores y no se ha alcanzado ninguna decisiva respuesta a lo buscado. Para algunos este ambiguo final puede resultar decepcionante, o incluso «irritante», adjetivo que varios estudiosos emplean para referirse a la conducta de Sócrates en la discusión. Pero, para otros, ese final aporético sí representa un gran progreso sobre la situación inicial: se han aclarado las posiciones y se han descartado ciertas actitudes. En el enfrentamiento entre Sócrates y el gran Protágoras ha quedado claro que ambos tienen no sólo diversos métodos de filosofar, sino también diversos objetivos. Como representante de esta opinión, citaré a A. Koyré:

«Protágoras se inclina: Sócrates ha salido vencedor del torneo. Protágoras sabe jugar, y no le disputa la palma; pero, ¿a qué hemos llegado, a fin de cuentas? A nada.

Pues hemos llegado a la conclusión de que toda virtud es un saber o ciencia del bien; y si la virtud es saber, tendría que ser posible enseñarla, ya que, como sabemos perfectamente, lo que es ciencia se enseña, y lo que se enseña es ciencia. Ahora bien, paradójicamente, es Sócrates, según hemos visto, quien afirma que es ciencia y quien niega que sea enseñable, y Protágoras, que pretendía enseñarla, quien no admite que sea ciencia.

Mas el lector-auditor lo advierte: la contradicción y la paradoja son puramente aparentes; pues si la virtud fuese lo que Protágoras y el vulgo llaman con ese nombre, si fuese lo que aquél enseña a sus alumnos, con toda seguridad no sería ciencia, y no cabría enseñarla. En cambio, si es lo que piensa Sócrates, es decir, si fuese ciencia intuitiva de los valores y del bien, se la podría enseñar, aunque es evidente que Protágoras no sería capaz de hacerlo. ¿Quién lo haría, pues? También esto está muy claro: Sócrates, es decir, el filósofo; pues esta ciencia de la 'medida' de los valores y de las satisfacciones, de la que Sócrates nos ha prometido decirnos más tarde lo que es, no es otra cosa, según sabemos ya, que la filosofía»³.

De lo que no cabe duda es de que el *Protágoras* es uno de los diálogos más animados, más teatrales y brillantes de Platón⁴. Como pintura de un ambiente y unos caracteres el *Protágoras* posee una gracia inolvidable, que acreditaría a Platón como escritor dramático, y nos hace recordar la anécdota de que éste había renunciado, por influencia de Sócrates, a su ambición de escribir piezas para la escena. Tan sólo los diálogos más logrados de su época de plenitud, como el *Fedón*, el *Banquete* o la *República* podrían rivalizar en cuanto a ambientación y precisa representación con el *Protágoras*.

El relato en primera persona, ya que es Sócrates quien recuerda la entrevista en casa del rico Calias, adonde acudió arrastrado por el juvenil entusiasmo de Hipócrates, le permite evocar las siluetas de los sofistas, sus gestos y sus voces, con peculiar ironía. Y hay en esta presentación de Protágoras, y, tras él, esbozando sus siluetas en vivaces trazos, de Hipias, de Pródico, de Alcibiades y Calias, un humor muy diferente a la sátira dura y acerba del *Gorgias*. Platón tiene hacia Protágoras un cierto respeto, y no distorsiona demasiado la figura de este pensador, uno de los ideólogos de la democracia ateniense⁵. Protágoras es, en todo momento, un conversador atento, inteligente, con una doctrina bien asentada en tesis moderadas e ilustradas, al que los ataques dialécticos de Sócrates acaban por poner en un brete. No

hay en él esa fatua vanidad de otros interlocutores ni es un sofista que desdeñe la influencia moral de sus enseñanzas. Es una figura extraordinariamente simpática que sufre la acometida del interrogatorio socrático con notable paciencia y con una excelente buena educación. Concibe la discusión como un torneo, como la contienda entre dos *lógoi* o dos posiciones dogmáticas, al modo de las contiendas entre sofistas, y él, que se jactaba de enseñar a «hacer más fuerte el argumento más débil, no queda en actitud airosa sometido al método del *dialégesthai* y el *exetázein* del «joven» Sócrates⁶.

3. A. KOYRÉ, *Introducción a la lectura de Platón*, traducción española de V. SÁNCHEZ DE ZAVALA, Madrid, 1966, pág. 66. En la misma línea de admitir que el diálogo marca un progreso sobre los anteriores, está V. GOLDSCHMIDT, *Les dialogues de Platon*, París, 1947, págs. 136-143 y 212-219.

4. Cf. las conclusiones de GUTHRIE, *op. cit.*, pág. 235.

5. Como reconocen incluso los críticos más duros de la filosofía socrática. Citaré, p. ej., a E. MEISKINS y N. WOOD, *Class Ideology and Ancient Political Theory*, Oxford, 1978, págs. 128 y siguientes.

6. Sobre la figura histórica y la importancia filosófica de Protágoras, véase el resumen de GUTHRIE, en el vol. III de la citada obra, titulado: *The Fifth-Century Enlightenment*, Cambridge, 1969, págs. 262-9, y su bibliografía. Cf., además, F. R. ADRADOS, *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, 1966, págs. 202 y sigs.; D. PLÁCIDO, «El pensamiento de Protágoras y la Atenas de Pericles», *Hisp. Antiqua* 3 (1973), 29-68.

2. La composición del «Protágoras»

Atender, aunque sea de manera esquemática, a la cuidada estructura que el diálogo ofrece, puede resultar muy interesante, para confirmar esa habilidad literaria de Platón a que nos hemos referido. Es curioso notar cómo la composición guarda cierta analogía con la de una pieza dramática. Siguiendo esa analogía podemos distinguir varios actos, calificar de *agón* I y *agón* II (Vlastos, p. e., habla de primer y segundo «round») los enfrentamientos dialécticos de Sócrates y Protágoras, y asignar el papel de Coro al resto de los asistentes a la discusión en casa de Calias⁷. El esquema de la obra resulta claro, aunque se pueda hablar de un prólogo seguido de dos actos (separados por el intermedio de 334c-338e), o bien de tres actos, como he preferido aquí. Esta calificación de actos resulta convencional; el análisis del texto en secciones es, a nuestro parecer, preciso y claro.

Prólogo (309a-310a).

1. Sócrates encuentra a un amigo y comienza su relato.

Acto I (310b-319a).

2. Hipócrates acude a Sócrates. Conversación de ambos.

3. En casa de Calias. La reunión de sofistas (314b-316a).

4. Presentación de Protágoras y su enseñanza.

⁷ Esta analogía de la estructura del diálogo con la de una pieza teatral ha sido analizada, muy en detalle, por P. BÁDENAS, *La estructura del diálogo platónico*, Madrid, 1974 (tesis doctoral inédita), págs. 64-140. Cf. también, del mismo autor, «Indicaciones para un análisis de la estructura literaria del *Protágoras*», *Habis* 5 (1974), 37-43. G. VLASTOS, en su trad. ingl., Indianápolis-N. York, 1956, distingue diversas secciones en el diálogo, asignándoles un título a cada una.

Se ha sugerido, además, que la idea del diálogo pudo tomarla Platón de una comedia, los *Aduladores*, de Éupotis, representada en 421 (que conocemos sólo por una cita de Ateneo), cuya acción tenía lugar en la mansión de Calias, adonde acudían los sofistas - entre esos «aduladores» se encontraban Protágoras y Sócrates. Es obvio, sin embargo, que si Platón tomó algo de esta pieza, puesta en escena unos cuarenta años antes de que él escribiera el diálogo, sería sólo el marco escénico.

Acto II (319a-334o).

5. Objeciones de Sócrates.

6. Discurso de Protágoras: mito de Prometeo (320c-323a), seguido de explicación y apología (323a-328d).

7. Reparos de Sócrates y diálogo entre S. y P.

Intermedio (334e-338e).

8. Intervenciones conciliadoras.

Acto III (338e-347a).

9. Comentario poético de Simánides por Sócrates.

10. Vuelta al diálogo (347b-349d).

11. Segundo diálogo entre S. y P. acerca de la unidad de la virtud, y su relación con el conocimiento.

Epílogo (360e-362a).

12. Inconclusión y despedida.

Podemos considerar como primer motivo del diálogo el de: «¿qué es un sofista y qué es lo que enseña?». Para introducirlo Platón ha recurrido a la figura del joven Hipócrates, entusiasta e ingenuo, que acude a despertar a Sócrates, como introductor en ese ámbito de los sabios albergados en casa del rico Calias. El diálogo entre Sócrates y el ingenuo Hipócrates, mientras clarea la mañana, es una muestra de la habilidad literaria de Platón, como también la escena de la entrada en la mansión del mecenas ateniense de los sofistas. «¿Pero tú sabes a qué peligro vas a exponer tu alma?», le pregunta Sócrates al muchacho. Y da una primera definición de un sofista, maliciosamente: «viene a ser como un traficante o tendero de los alimentos del alma». Frente a esta primera cautela de Sócrates se sitúa la profesión de fe de Protágoras, orgulloso de su enseñanza y de su reputación. Pretende enseñar la ciencia política y hacer a los hombres mejores ciudadanos, resume Sócrates. ¿Pero es eso posible? ¿Puede enseñarse la *areté* en la que se funda el arte político, esa *téchnē politikē*, que Protágoras dice profesar?

Con estos reparos de Sócrates se abre el segundo tema: «si es enseñable la virtud política». Protágoras da una magnífica demostración de su elocuencia por medio de un largo discurso, que comienza con un mito, el de Prometeo y los orígenes de la civilización, y prosigue con una explicación racional de su tesis: todos los hombres están dotados y deben participar de la política, y estas capacidades para la convivencia civilizada pueden mejorarse con la enseñanza en que son maestros los sofistas. El discurso de Protágoras es admirable, por su estilo oratorio, y por las ideas que presenta, que corresponden en buena medida a las defendidas por este pensador democrático de la época de Pericles. Pero Sócrates no está contento de ese tipo de argumentación y quiere traer la cuestión a otro terreno, al coloquio por preguntas y respuestas breves y precisas. Al método sofístico de los grandes discursos, la *makrología*, opone el método dialéctico, de pregunta y respuesta seguidas y breves, la *braquilogía*, típica de su mayéutica de la definición. Protágoras recela y se necesita la intervención conciliadora de otros contertulios -de Hipias, Pródico, Calias y Alcibiades- para que acceda a proseguir la discusión.

Ahora -en lo que hemos analizado como primera parte del «Acto III»- es Sócrates quien se lanza a un largo discurso, comentando un poema de Simónides de Ceos. Con la mayor habilidad parodia así uno de los procedimientos habituales de la Sofística. Los poetas habían sido los primeros educadores de los griegos, antes de que los sofistas pretendieran asumir su relevo. La enseñanza moral del texto de Simónides es distorsionada por los manejos exegéticos de Sócrates hasta extremos de notoria paradoja. Esta manipulación del texto comentado tiene algunos rasgos de brillante ironía, como cuando se cita a los espartanos como los más fervidos amantes del saber y de la discusión intelectual y se asegura que las expulsiones temporales de extranjeros de Esparta están justificadas porque los espartanos se dedican entonces en secreto a verdaderas orgías de intelectualismo y estudio. En cierto modo, este largo discurso hace *pendant* al largo discurso de Protágoras. El sofista había manipulado un mito, y ahora Sócrates manipula, descaradamente, un poema lírico⁸. Es el propio Sócrates quien reconoce haber estado jugando hasta llegar al absurdo y quien propone, recalcando una vez más la oposición de métodos, volver al coloquio por preguntas y respuestas, en busca de una definición.

De nuevo se reanuda la cuestión sobre la unidad de la virtud, se pone el ejemplo del valor, y se continúa con el tema, característico de las encuestas de Sócrates, de la fundamentación de la virtud en el conocimiento, y de la moral, por tanto, en una ciencia. Protágoras, un tanto a su pesar, se ve arrastrado por Sócrates hasta admitir que la virtud supone el conocimiento. Pero, entonces, advierte Sócrates, tendría que ser enseñable si es que tiene algo de ciencia.

He aquí que, como Sócrates destaca, parecen haberse invertido las posiciones iniciales de ambos, porque ahora es Protágoras quien desconfía que la virtud sea una ciencia susceptible de ser enseñada, mientras que él se vería abocado a admitirlo.

Habrá que seguir investigando. Protágoras se despide con buenas palabras y pronostica un brillante futuro al diestro antagonista que ha encontrado en Sócrates.

8. De todos modos, entre la manipulación del mito de Prometeo por Protágoras (cf. C. GARCÍA GUAL., *Prometeo: mito y tragedia*, Madrid, 1980, págs. 52-68) y el descarado y arbitrario manejo del poema de Simónides, media un largo trecho. Ese es uno de los pasajes en que algunos modernos estudiosos encuentran «irritante» la conducta de Sócrates. Pero éste está parodiando, reduciéndolo a caricatura, un procedimiento de la habitual práctica pedagógica de los sofistas para mostrar que sólo mediante el diálogo ceñido al tema, sólo mediante su propio método, puede llegarse a resultados convincentes.

PROTÁGORAS

AMIGO, SÓCRATES

309a AMIGO. - ¿De dónde sales, Sócrates? Seguro que de una partida de caza en pos de la lozanía de Alcibiades. Precisamente lo vi yo anteayer y también- a mí me pareció un bello mozo todavía, aunque un mozo que, dicho sea entre nosotros, Sócrates, ya va cubriendo de barba su mentón¹.

b SÓCRATES. - ¿Y qué con eso? ¿No eres tú, pues, admirador de Homero, quien dijo² que la más agraciada adolescencia era la del primer bozo, esa que tiene ahora Alcibiades?

AM. - ¿Qué hay, pues, de nuevo? ¿Vienes, entonces, de su casa? ¿Y cómo se porta contigo el muchacho?

SÓC. -Bien, me parece a mí, y especialmente en el día de hoy. Que mucho ha dicho en mi favor, socorriéndome, ya que, en efecto, ahora vengo de su casa. Pero voy a decirte algo sorprendente. Aunque él estaba allí, ni siquiera le prestaba mi atención, y a menudo me olvidaba de él.

c AM. - ¿Y qué cosa tan enorme puede haberos ocurrido a ti y a él? Porque, desde luego, no habrás encontrado a alguien más bello, en esta ciudad al menos.

SÓC. -Mucho más todavía.

AM. -¿Qué dices? ¿Ciudadano o extranjero?

SÓC. - Extranjero.

AM. -¿De dónde?

SÓC. -De Abdera³.

AM. - ¿Y tan hermoso te pareció ser ese extranjero, al punto de resultarte más bello que el hijo de Clinias?

1. Platón alude, en varios pasajes, a la atracción que Sócrates sentía por los jóvenes de hermosa apariencia física y bien dotados intelectualmente (cf. *Cármides* 155c-e; *Banquete* 216d; *Alcibiades* I 103a-104d; *Gorgias* 481d). Esa atracción se expresa con frecuencia en términos eróticos; pero no hay razones para dudar del testimonio explícito de Platón de que ese *eros* socrático no comportaba una experiencia física homosexual, al modo del llamado «amor dorio». El testimonio puesto en boca de Alcibiades en el *Banquete* (215a-219d) es clarísimo al respecto; y en la sociedad griega de la época no había motivo para mostrarse cauteloso en la materia. Ese impulso erótico «sublimado» conducía a Sócrates a velar por la educación moral y espiritual del amado, de acuerdo con la doctrina sobre el amor expuesta a través de la referencia a la profetisa Diotima en el *Banquete* 201d-212a. La admiración de Sócrates, asiduo visitador de los gimnasios de Atenas, por los muchachos es, por otro lado, un rasgo típico de este filósofo, evocado reiteradamente en los diálogos primeros de Platón (*Laques*, *Cármides*, *Lisis*). En sus relaciones con distintos jóvenes, discípulos ocasionales de su afán propedéutico, destaca la que mantuvo con Alcibiades. Este *enfant terrible* de la política ateniense fue, sin duda, el favorito de Sócrates entre sus jóvenes amigos aristocráticos durante cierto período, aunque luego escapó a su influencia moral. Como es bien sabido (por la alusión de PLATÓN en la *Apología* 33a-b, y la de JENOFONTE en *Memorables* I 1, 12-16), estas relaciones de Sócrates con Alcibiades y con Critias, los cuales en su actuación política posterior tan dañinos serían a la democracia, influyeron notablemente en su condena bajo el pretexto de «corromper a los jóvenes». La traducción de *kalós anér* por «bello mozo» es un tanto coloquial, como lo es el tono del pasaje. Lo de «todavía» se refiere a que la mejor edad del «amado» (ho *erōmenos*) es la de «jovencito barbilampiño», según la convención erótica al uso (cf. *Alcibiades* I 131d).

2. HOMERO, *Iliada* XXIV 348; *Odisea* X 279.

3. Abdera, en la costa de Tracia, fue el lugar natal de Protágoras y de Demócrito.

SÓC. - ¿Cómo no va a parecer más bello lo que es más sabio, querido amigo?

AM.-Entonces es que acabas de encontrar a algún sabio. ¿No, Sócrates?

d SÓC. -Al más sabio, sin duda, de los de ahora, si es que consideras muy sabio a Protágoras.

AM. - ¿Pero qué dices? ¿Protágoras ha venido de viaje?

SÓC. - Ya es su tercer día aquí.

AM. - ¿Y, por tanto, vienes de estar con él?

310a SÓC. - Y de hablar y oír muchísimas cosas.

AM. - ¿Es que no vas a contarnos la reunión, si nada te lo impide, sentándote aquí, en el sitio que te cederá este esclavo?

SÓC. -Desde luego. Y os daré las gracias por escucharme.

AM. -Más bien nosotros a ti por hablar.

SÓC. -Va a ser un agradecimiento mutuo. Así que oíd.

b En esta noche pasada, aún muy de madrugada, Hipócrates, el hijo de Apolodoro y hermano de Fasón, vino a aporrear con su bastón la puerta de mi casa a grandes golpes. Apenas alguien le hubo abierto entró directamente, apresurado, y me llamó a grandes voces:

-¿Sócrates, dijo, estás despierto, o duermes? Al reconocer su voz, contesté:

-¿Hipócrates es el que está ahí? ¿Es que nos anuncias algún nuevo suceso?

-Nada, contestó, que no sea bueno.

-Puedes decirlo entonces. ¿Qué hay para que hayas venido a esta hora?

-Protágoras -dijo, colocándose a mi lado- está aquí.

-Desde anteayer, le dije yo. ¿Acabas de enterarte ahora?

c -Por los dioses, dijo, ayer noche. Y tanteando la cama se sentó junto a mis pies, y continuó: Ya de noche, desde luego muy tarde, al llegar de Énoe⁴. Mi esclavo Sático se había fugado. Venía entonces a decirte que iba a perseguirlo, cuando me olvidé por algún motivo. Cuando regresé y, después de haber cenado, nos íbamos a reposar, en ese momento mi hermano me dice que Protágoras estaba aquí. Todavía intenté en aquel instante venir a tu casa; luego, me pareció que la noche estaba demasiado avanzada. Pero, en cuanto el sueño me ha librado de la fatiga, apenas me he levantado, me trasladé aquí.

d Como yo me daba cuenta de su energía y su apasionamiento, le dije:

-¿Qué te pasa? ¿Es que te debe algo Protágoras?

Él sonrió y dijo:

-¡Por los dioses!, Sócrates, sólo en cuanto que él es sabio, y a mí no me lo hace.

-Pues bien, ¡por Zeus!, si le das dinero y le convences, también a ti te hará sabio.

e -¡Ojalá, dijo, Zeus y dioses, sucediera así!. No escatimaría nada de lo mío ni de lo de mis amigos. Pero por eso mismo vengo a verte, para que le hables de mí. Yo, por una parte, soy demasiado joven y, por otra, tampoco he visto nunca a Protágoras ni le he oído jamás. Era un niño cuando él vino aquí en su viaje anterior⁵. Sin embargo, Sócrates, todos elogian a ese hombre y dicen que es sapientísimo. ¿Pero por qué no vamos a donde se aloja, para encontrarle dentro? Descansa, según he oído, en casa de Calias el hijo de Hipónico. Vamos ya.

311a

4. *Oinôz*, es decir, la «Vinososa», era un *demos* próximo a Eléuteras, en el camino hacia Tebas. El esclavo fugitivo pretendía seguramente escapar del Ática a través de la frontera beocia.

5. Probablemente hacia el 445 a. C., cuando recibió de Pericles el encargo de preparar el código de leyes para la colonia panhelénica de Turios, fundada en 443.

Entonces le dije yo:

-No vayamos todavía allí, amigo mío, que es temprano; pero salgamos aquí al patio, y dando vueltas de acá para -allá, hagamos tiempo charlando hasta que haya luz. Luego, iremos. Casi todo el tiempo lo pasa Protágoras en la casa, de modo que, ten confianza, lo encontraremos, según lo más probable, dentro.

b Después de esto, nos levantamos y paseábamos por el patio. Entonces yo, poniendo a prueba el interés de Hipócrates, le examinaba, con estas preguntas:

-Dime, Hipócrates, ahora intentas ir hacia Protágoras, y pagarle dinero como sueldo por cuidar de ti. ¿Qué idea tienes de a quién vas a ir, o de quién vas a hacerte? Por ejemplo, si pensaras ir junto a tu homónimo Hipócrates, el de Cos, de los Asclepiadas, y pagar dinero

como sueldo por ocuparse de tí, si alguno te preguntara: «¿Dime, vas a pagarle, Hipócrates, a Hipócrates en condición de qué?»

c -Le diría que como a médico.

-¿Para hacerte qué?

-Médico, dijo.

-Y si pensaras llegarte a casa de Policleteo, el de Argos, o de Fidias el ateniense y darles un pago por tu persona, si uno te preguntara: «¿Al pagar este dinero, qué idea tienes de lo que son Policleteo y Fidias?»⁶, ¿qué responderías?

6. Tanto Hipócrates como Fidias y Policleteo eran, en la época, los maestros más famosos en sus artes respectivas. En cuanto profesionales (*technítai*) que ejercen un oficio público (*dēmiourgoí*), estaban capacitados para enseñar sus técnicas, a cambio de un salario, a sus discípulos. El médico aparece ya como demiurgo en la épica homérica; el escultor es también una figura tradicional en la Atenas de Pericles; el sofista ejerce, en cambio, una ocupación más moderna y de un prestigio más ambiguo. En el *Menón* 91d, se menciona, conjuntamente, a Protágoras y a Fidias en conexión con el tema de sus honorarios. Las críticas de Platón contra la enseñanza cobrada de los sofistas reflejan un cierto prejuicio aristocrático. Y, aunque un tanto anecdóticamente, es un punto en el que éstos contrastan con Sócrates, buscador desinteresado de la verdad, que no se proclama maestro en nada ni de nadie y no vende sus lecciones. Aunque, según refiere irónicamente Platón, el mismo Sócrates habría pagado por alguna disertación -de las más baratas- de Pródico (*Crátilo* 384b), ofrecida precisamente en casa del rico Calias (*Axioco* 366c).

-Diría que escultores.

Así pues, ¿qué te harías tú mismo?

-Evidentemente, escultor.

d -Vaya, dije. Ahora, pues, al acudir a Protágoras tú y yo estaremos dispuestos a pagarle un dinero como sueldo por tu persona, si nos alcanzan nuestros recursos y le convencemos con ellos, y si no, aun disponiendo de los recursos de nuestros amigos. Si entonces alguien, al hallarnos tan decididamente afanos en esto, nos preguntara: «Decidme, Sócrates e Hipócrates, ¿qué opinión tenéis de lo que es Protágoras al darle vuestro dinero?», ¿qué le responderíamos? ¿Qué otro nombre hemos oído que se diga de Protágoras, como el de «escultor» se dice de Fidias y el de «poeta», de Homero, qué calificación, semejante, hemos oído de Protágoras?

e -Sofista, desde luego, es lo que le denominan, Sócrates, y eso dicen que es el hombre, contestó.

-¿Cómo a un sofista, por tanto, vamos a pagarle el dinero?

-Exacto.

-Si luego alguno te preguntara también esto: «¿Y tú, en qué tienes intención de convertirte al acudir a Protágoras?»

312a Y él me dijo, ruborizándose⁷ -como apuntaba ya algo el día pude notárselo-:

-Si va de acuerdo con lo anterior, evidentemente con la intención de ser sofista.

-Y tú, le dije, ¡por los dioses!, ¿no te avergonzarías de presentarte a los griegos como sofista?

-Sí, ¡por Zeus!, Sócrates, si tengo que decir lo que pienso.

b -Pero tal vez, Hipócrates, opinas que tu aprendizaje de Protágoras no será de ese tipo, sino más bien como el recibido del maestro de letras, o del citarista, o del profesor de gimnasia, de quienes tú aprendiste lo respectivo a su arte, no para hacerte profesional, sino con vistas a tu educación, como conviene a un particular y a un hombre libre.

-Exactamente; desde luego me parece, dijo, que es algo por el estilo mi aprendizaje de Protágoras.

-¿Sabes, pues, lo que vas a hacer, o no te das cuenta?, dije.

-¿De qué?

c -Que vas a ofrecer tu alma, para que la cuide, a un hombre que es, según afirmas, un sofista. Pero qué es un sofista, me sorprendería que lo sepas. Y si, no obstante, desconoces esto, tampoco sabes siquiera a quién entregarás tu alma, ni si para asunto bueno o malo.

-Yo creo saberlo, dijo.

-Dime, ¿qué crees que es un sofista?

-Yo, dijo, como indica el nombre, creo que es el conocedor de las cosas sabias⁸.

7. Aunque los sofistas tuvieron una excelente acogida en ciertos ambientes ilustrados, como, p. ej., en la casa de Calias, y aunque gozaron de fama y de notable atracción como maestros de elocuencia, un joven ateniense, de buena familia y posición respetable, no dejaba de ver a estos personajes, sabios itinerantes, bajo una luz ambigua. (Guthrie ha comparado el aprecio que rodeaba a los sofistas en esos medios ilustrados con la admiración por los cantantes de ópera en algunos salones decimonónicos.) El avanzado Calicles, oyente de Gorgias, rechaza con decisión el aspecto profesional de esos educadores (*Gorgias* 520a). La hostilidad de otro sector, más reaccionario y un tanto popular, hacia ellos, como posibles corruptores de la juventud por su crítica de los valores tradicionales, puede verse reflejada en las *Nubes* de Aristófanes.

8. Hipócrates relaciona el nombre de *sophistés* con el adjetivo *sophós*, «sabio», y con la raíz *-ist-* de *epistasthai* «conocer». Realmente, *sophistés* está relacionado, como nombre de agente, con el verbo *sophizesthai*, «ser sabio». En un principio, el *sophistés* es el entendido en algo, con un valor semántico próximo al de *sophós*, como «experto» (aunque *sophós* tiene también un valor amplio más general); posteriormente, y por oposición al término *philosophos*, el vocablo tomó una connotación peyorativa, que ya se deja sentir en ciertos textos platónicos. (Cf. P. GROENEBOOM, *Aeschylus' Prometheus*, Amsterdam, 1966 [1ª ed., 1928], pág. 97, que reúne los principales ejemplos de esa derivación en época clásica.)

d -Pero, contesté, eso se puede decir también de los pintores y los carpinteros, que ellos son conocedores de cosas sabias. Luego si alguien nos preguntara: ¿De qué cosas sabias son conocedores los pintores?, le contestaríamos, sin duda, que de las que respectan a la ejecución de las imágenes y demás cosas por el estilo. Pero si alguno nos preguntara: «¿El sofista en cuál de las cosas sabias es entendido?», ¿qué le responderíamos? ¿De qué actividad es maestro?

-¿Qué podríamos, Sócrates, decir que es éste, sino que es un entendido en el hacer hablar hábilmente⁹?

e -Tal vez, dije, diríamos una verdad, pero no del todo. Porque nuestra respuesta reclama aún una pregunta acerca de sobre qué el sofista hace hablar hábilmente. Sin duda, como el citarista, que hace hablar con habilidad sobre lo que es conocedor precisamente, sobre el arte de la cítara, ¿no?¹⁰

-Sí.

-Bien. ¿El sofista, entonces, sobre qué asunto hace hablar hábilmente? ¿Está claro que acerca de lo que tenga conocimientos?

-Es natural.

-¿Qué es eso en lo que él, el sofista, es conocedor, y lo hace a su discípulo?

-¡Por Zeus! contestó, ya no sé qué decirte.

Después de esto le dije:

313a -¿Pues qué? ¿Sabes a qué clase de peligro vas a exponer tu alma?¹¹. Desde luego si tuvieras que confiar tu cuerpo a alguien, arriesgándote a que se hiciera útil o nocivo, examinarías muchas veces si debías confiarlo o no, y convocarías, para aconsejarte, a tus amigos y parientes, meditándolo durante días enteros. En cambio, lo que estimas en mucho más que el cuerpo, el alma, y de lo que depende el que seas feliz o desgraciado en tu vida, haciéndote tú mismo útil o malvado, respecto de eso, no has tratado con tu padre ni con tu hermano ni con ningún otro de tus camaradas, si habías de confiar o no tu alma al extranjero ése recién llegado, sino que, después de enterarte por la

b

c noche, según dices, llegas de mañana sin haber hecho ningún cálculo ni buscado consejo alguno sobre ello, si debes confiarte o no, y estás dispuesto a dispensar tus riquezas y las de tus amigos, como si hubieras reconocido que debes reunirte de cualquier modo con Protágoras, a quien no conoces, como has dicho, con el que no has hablado jamás, y al que llamas sofista; si bien qué es un sofista, parece que lo ignoras, en quien vas a confiarte a ti mismo.

Entonces él, después de escucharme, contestó:

-Tal parece, Sócrates, por lo que tú dices.

-Ahora bien, Hipócrates, ¿el sofista viene a ser un traficante o un tendero¹² de las mercancías de que se nutre el alma? A mí, al menos, me parece que es algo así.

9. La educación retórica es la más general y destacada a primer plano en los programas de los sofistas, tanto de Protágoras, al que Sócrates menciona en el *Fedro* (267c) como uno de los grandes maestros de retórica, con su célebre teoría sobre la corrección de los nombres (*orthoépeia*), como de Gorgias (*Gorgias* 449a), gran maestro de oratoria política. Más adelante (318e), el propio Protágoras tratará de precisar en qué consiste la profesión del sofista.

10. El método inductivo utilizado por Sócrates, a base de aducir ejemplos en apariencia paralelos, es característico del Sócrates histórico, como indica ARISTÓTELES (*Metafísica* 1978^b 27-9). Su aplicación no siempre es lógicamente válida, como sucede, p. ej., en este caso, pues no es necesario dar una enseñanza especializada para hacer de alguien un experto orador. (Cf. la nota de C. C. W. TAYLOR, *ad loc.*).

11 La palabra griega *psyché* tiene un significado más amplio que la nuestra de «alma»; abarca todos los aspectos no físicos (en su oposición al cuerpo) del hombre. Es probable que, en una frase como esta inicial, se dejara aún sentir ligeramente el sentido arcaico del término: *psyché* como «vida». Pero el riesgo a que Sócrates alude no es «vital», sino moral, intelectual y espiritual a la vez. La personalidad se arriesga en la educación, ya que, en cierto modo, el alma es la persona y el yo en un sentido auténtico, como se dice en la última frase del párrafo: «...en quien vas a confiarte a ti mismo» (*seautón*). El moralismo socrático insiste en la preponderancia del cuidado del alma por encima del cuerpo y de las riquezas, tema bien subrayado en la *Apología* platónica.

12. Una de las posibles definiciones del «sofista» que ofrece el *Sofista* 223c-224e y 231d. La diferencia entre el traficante (*émporos*) y el tendero (*kápēlos*) estriba en el comercio al por mayor o al por menor de sus mercancías.

-¿Y de qué se alimenta el alma, Sócrates?

d -Desde luego de enseñanzas, dije yo. De modo que, amigo, cuidemos de que no nos engañe el sofista con sus elogios de lo que vende, como el traficante y el tendero con respecto al alimento del cuerpo. Pues tampoco ellos saben, de las mercancías que traen ellos mismos, lo que es bueno o nocivo para el cuerpo, pero las alaban al venderlas; y lo mismo los que se las compran, a no ser que alguno sea un maestro de gimnasia o un médico. Así, también, los que introducen sus enseñanzas por las ciudades para venderlas al por mayor o al por menor a quien lo desee, elogian todo lo que venden; y seguramente algunos también desconocerán, de e lo que venden, lo que es bueno o nocivo para el alma. Y del mismo modo, también, los que las compran, a no ser que por casualidad se encuentre por allí un médico del alma. Si tú eres conocedor de qué es útil o nocivo de esas mercancías, puedes comprar sin riesgo las enseñanzas de Protágoras y las de cualquier otro. Pero si no, ten cuidado, querido, de no jugar a los dados y arriesgarte en lo más precioso. Desde luego hay un peligro mucho mayor en la compra de enseñanzas que en la de alimentos. Pues al que compra comestibles y bebidas del mercader o del tendero, le es posible llevárselas en otras vasijas, y antes de aceptarlas en su cuerpo como comida o bebida, le es posible depositarlas y pedir consejo, convocando a quienes entiendan, de lo que pueda comerse y beberse y de lo que no, y cuánto y cuándo.

314a

b De modo que no hay en la compra un gran peligro. Pero las enseñanzas

no se pueden transportar en otra vasija, sino que es necesario, después de entregar su precio, recogerlas en el alma propia, y una vez aprendidas retirarse dañado o beneficiado.

Examinaremos esto luego con otras personas de más edad que nosotros. Pues somos aún jóvenes para discernir en un asunto tan importante.

c Ahora, sin embargo, tal como nos disponíamos, vayamos y escuchemos a ese hombre; después de oírle, consultaremos también con otros. Porque, además, no está solo Protágoras aquí, sino también Hipias de Elide. Y creo que también Pródico el de Ceos y otros muchos sabios¹³.

13 Ambos sofistas son mencionados por Platón en otros lugares, con cierto tono irónico: Hipias, en los dos diálogos que llevan su nombre; Pródico, en *Apol.* 19e, *Teages* 127e, *Rep.* 400c, *Hipias M.* 282c, *Menón* 96d, *Cármides* 163d, etc. El rasgo más destacado de Hipias era su saber enciclopédico, del que hace una ostentación en el *Hipias Mayor*. El sofista se jactaba de saber astronomía, geometría, aritmética, filología, música, mitología, historia y arqueología, además de poseer otras técnicas manuales que le permitían confeccionarse todo su atuendo. Pródico, compatriota del poeta Simónides (cf. 339e), dedicaba especial atención a la corrección de los nombres (*orthótēs onomátōn*), distinguiendo con precisión entre vocablos de aparente sinonimia. Sócrates alude en varios pasajes (*Menón* 96d, *Cármides* 163d, *Crátilo* 384b) a que había asistido a algunas lecciones suyas. Ese afán de precisión en el uso de las palabras preludia el de Sócrates en cuanto a la precisión en la búsqueda de las definiciones conceptuales. Tanto Pródico como Hipias eran más jóvenes que Protágoras y vivían aún en 399 (según *Apol.* 19e). Como embajadores de sus ciudades respectivas habían visitado Atenas en varias ocasiones y tenían notable prestigio en esta ciudad.

Con esta decisión, nos pusimos en marcha. Cuando llegamos ante el portal, nos quedamos dialogando sobre un tema que se nos había ocurrido por el camino, para que no quedara inacabado, sino que entráramos después de llegar a las conclusiones. Detenidos en el portal dialogábamos, hasta que nos pusimos de acuerdo el uno con el otro. Parece que el portero, un eunuco, nos estaba escuchando y, posiblemente, andaba irritado, por la multitud de sofistas, con los que acudían a la casa. Ya que, apenas golpeamos la puerta, al abrir y vernos, dijo: « ¡Ea, otros sofistas! ¡Está ocupado! » Y al mismo tiempo, con sus dos manos, tan violentamente como era capaz, cerró la puerta. Pero nosotros llamamos de nuevo, y él, tras la puerta cerrada, nos respondió: «¿Señores, no habéis oído que está ocupado?»

d -Buen hombre, dije yo, que no venimos a ver a Calias ni somos sofistas. Descuida. Hemos venido porque necesitamos ver a Protágoras. Así que anúncianos.

e Al fin, a regañadientes, el individuo nos abrió la puerta. Cuando entramos, encontramos a Protágoras paseando en el vestíbulo, y en fila, tras él, le escoltaban en su paseo, de un lado, Calias, el hijo de Hipónico y su hermano por parte materna, Páralo, el hijo de Pericles, y Cármides, hijo de Glaucóri, y, del otro, el otro hijo de Pericles, Jántipo, y Filípides, el hijo de Filomelo, y Antímero de Mendes, que es el más famoso de los discípulos de Protágoras y aprende por oficio, con intención de llegar a ser sofista¹⁴. Detrás de éstos, los seguían otros que escuchaban lo que se decía y que, en su mayoría; parecían extranjeros, de los que Protágoras trae de todas las ciudades por donde transita, encantándolos con su voz, como Orfeo, y que le siguen hechizados por su son¹⁵. Había también algunos de los de aquí en el coro. Al ver tal coro yo me divertí extraordinariamente; qué bien se cuidaban de no estar en cabeza obstaculizando a Protágoras, de modo que, en cuanto aquél daba la vuelta con sus interlocutores, éstos, los oyentes, se escindían muy bien y en orden por un lado y por el otro, y moviéndose siempre en círculo se colocaban de nuevo detrás de modo perfectísimo.

c «A éste alcancé a ver después»¹⁶, como decía Homero, a Hippias de Élida, instalado en la parte opuesta del pórtico, en un alto asiento. Alrededor de él, en bancos, estaban sentados Erixímaco, hijo de Acúmeno, y Fedro de Mirrinunte y Andrón, el hijo de Androción¹⁷, y extranjeros, entre ellos algunos de sus conciudadanos, y otros. Parecía que preguntaban a Hippias algunas cuestiones astronómicas sobre la naturaleza y los meteoros, y aquél, sentado en su trono, atendía por turno a cada uno de ellos y disertaba sobre tales cuestiones.

14. La madre de Calias había estado casada con Pericles, antes de separarse de éste y casarse con Hipónico. Páralo y Jántipo, los dos hijos de Pericles, murieron en la peste de Atenas al comienzo de la guerra del Peloponeso, antes que su padre. Cármides, tío por parte de madre de Platón, y que es el protagonista del diálogo de su nombre, donde se le elogia por su belleza y su *sôphrosynê* (*Carm.* 157d), fue uno de los Treinta Tiranos en 404 y murió combatiendo al lado de su primo Critias en la revuelta que derribó la oligarquía. De Filípides y de Antímero no sabemos nada más. A propósito de Antímero, se insiste en la distinción, ya aludida antes: unos escuchaban las disertaciones sofisticas con fines educativos (*epi paidefai*), y otros, como Antímero, por oficio (*epi téchnēi*).

15. La comparación recalca que Protágoras es como un *magos* de la palabra. Después de escuchar su discurso, el propio Sócrates quedará «hechizado durante largo tiempo» (328d). Los oyentes forman un coro en torno a este solista virtuoso que es el sofista, que conduce en buen orden a sus dóciles y embobados oyentes (en contraste con el diálogo inquieto del método socrático). En el comentario de ADAM, se quiere ver en la alusión al coro una referencia concreta a la disposición del coro trágico, compuesto de 15 coreutas, ordenados en 3 hileras, de modo que Protágoras ocuparía el centro de la primera fila de 5 miembros.

16. Aquí y más abajo (en la alusión a Tántalo), Sócrates utiliza dos fórmulas homéricas (*Odisea* XI 601 y 583), tomadas de las visiones de Ulises en la evocación de las sombras de la *Nekyia*.

17. Erixímaco, hijo del médico Acúmeno, tenía esta misma profesión (JENOFONTE, *Mem.* III 13,2); figura en el *Banquete* al lado de Fedro, y allí pronuncia uno de los discursos sobre el amor. Fedro es el personaje del diálogo homónimo. Andrón, hijo de Androción (y, probablemente, padre del orador Àndroción), aparece en el *Gorgias* 487c, como un partidario de la opinión de Calicles sobre el efecto pernicioso de dedicarse en exceso a la filosofía.

d «Y, a continuación, llegué a ver también a Tántalo.» Pues también había venido de viaje Pródico de Ceos y estaba en una habitación que, antes, Hipónico usaba como cuarto de despensa, pero que ahora, a causa de la multitud de los albergados, Calias había vaciado y preparado para acoger a huéspedes. Pródico estaba allí echado, recubierto de pieles y mantas, por lo que parecía, en gran número. Junto a él estaban echados, en las camas de al lado, Pausanias, el del demo e del Cerámico, y junto a Pausanias, un joven, un muchacho todavía, según creo, de distinguido natural y muy bello también de aspecto. Me pareció oír que su nombre era Agatón, y no me sorprendería si resultase ser el amando de Pausanias. Lse era el muchacho, y además se veía a los dos Adimantos, el hijo de Cepis y el de Leucolófides, y algunos más¹⁸. De lo que hablaban no me pude yo enterar desde afuera, a pesar de estar ansioso por escuchar a Pródico. Omnisciente me parece tal hombre 316a y aun divino. Pero con el tono bajo de su voz se prodecía un cierto retumbo en la habitación que oscurecía lo que decía.

Hacia un momento que estábamos dentro, y detrás de nosotros entraron el hermoso Alcibiades, como tú dices y yo te creo, y Critias, el hijo de Calescro¹⁹.

18. De Pausanias sólo conocemos su relación con Agatón, mencionada también por JENOFONTE (*Banquete* 8.32). En el *Banquete* platónico aparece al lado de Agatón. Éste, muy joven aquí (nacido en 447), es el poeta trágico en cuya casa se celebra el «Banquete», que se ha reunido para celebrar su primera victoria escénica (en 416). Acaso el haber escuchado a Pródico influyera en su dicción poética, un tanto amanerada. Como representante de las nuevas tendencias poéticas, es recordado en dos lugares de la poética aristotélica: por haber presentado una pieza con asunto inventado, titulada *Antheus* o *Anthos* (*Poét.* 1251^b), y por el uso del coro como intermedio musical en sus piezas. Aristófanes lo ridiculiza en las *Tesmoforiantes* (año 411) y lo menciona, con cierto

aprecio, en las *Ranas* 83 sigs., aludiendo a su ausencia de la escena ateniense. El poeta, que, como Eurípides, visitó la corte de Arquelaos de Macedonia hacia el 407 a. C., o permanecía allí o había muerto ya hacia el 404, fecha de esa comedia.

19. Critias, pariente de Platón por parte de madre, aparece también en el *Cármides* y en el *Timeo*, y el diálogo *Critias* toma de él su nombre. Se distinguió en su conducta política como el más duro de los Treinta Tiranos, y como pensador, por su audacia intelectual. Nos quedan algunos fragmentos poéticos de su obra. (Cf. UNTERSTEINER-A. BATTEGAZZORE, *I Sofisti*, vol. IV, Florencia, 1962 [reed., 1967], y GUTHRIE, *A History of Greek Philosophy*, vol. III..., págs. 298-304, Cambridge, 1969.)

b Cuando hubimos entrado y después de pasar unos momentos contemplando el conjunto, avanzamos hacia Protágoras y yo le dije:

-Protágoras, a ti ahora acudimos éste, Hipócrates, y yo.

-¿Es con el deseo de hablar conmigo a solas o también con los demás?, preguntó.

-A nosotros, dije yo, no nos importa. Después de oír por qué venimos, tú mismo lo decides.

-¿Cuál es, pues, el motivo de la visita?, dijo.

c -Este Hipócrates es uno de los naturales de aquí, hijo de Apolodoro, de una casa grande y próspera, y, por su disposición natural, me parece que es capaz de rivalizar con sus coetáneos. Desea, me parece, llegar a ser ilustre en la ciudad, y cree que lo lograría mejor, si tratara contigo. Ahora ya mira tú si crees que debes dialogar sobre esto con nosotros solos o en compañía de otros.

d -Correctamente velas por mí, Sócrates, dijo. Porque a un extranjero que va a grandes ciudades y, en ellas, persuade a los mejores jóvenes a dejar las reuniones de los demás, tanto familiares como extraños, más jóvenes o más viejos, y a reunirse con él para hacerse mejores a través de su trato, le es preciso, al obrar así, tomar sus precauciones. Pues no son pequeñas las envidias, además de los rencores y asechanzas, que se suscitan por eso mismo. Yo, desde luego, afirmo que el arte de la sofística es antiguo, si bien los que lo manejaban entre los varones de antaño, temerosos de los rencores que suscita, se fabricaron un disfraz, y lo ocultaron, los unos con la poesía, como Homero, Hesíodo y Simónides, y otros, en cambio, con ritos religiosos y oráculos, como los discípulos de Orfeo y Museo. Algunos otros, a lo que creo, incluso con la gimnástica, como Icco el Tarentino y el que ahora es un sofista no inferior a ninguno, Heródico de Selimbria, en otro tiempo ciudadano de Mégara. Y con la música hizo su disfraz vuestro Agatocles, que era un gran sofista, y, asimismo, Pitoclides de Ceos, y otros muchos²⁰.

317a Todos éstos, como digo, temerosos de la envidia, usaron de tales oficios como velos. Pero yo con todos ellos estoy en desacuerdo en este punto. Creo que no consiguieron en absoluto lo que se propusieron, pues no pasaron inadvertidos a los que dominaban en las ciudades, en relación con los cuales usaban esos disfraces. Porque la muchedumbre, para decirlo en una palabra, no comprende nada, sino que corea lo que estos poderosos les proclaman. Así que intentar disimular, y no poder

b huir, sino quedar en evidencia, es una gran locura, si, en ese intento, y necesariamente, uno se atrae muchos más rencores de los enemigos. Pues creen que el que se comporta así ante los demás es un malhechor. Yo, sin embargo, he seguido el camino totalmente opuesto a éstos, y reconozco que soy un sofista y que educo a los hombres; creo, asimismo, que esta precaución es mejor que aquélla: mejor el reconocerlo que el ir disimulando; y, en lugar de ésta, he tomado otras

c precauciones, para, dicho sea con la ayuda divina, no sufrir nada grave por reconocer que soy sofista. Porque son ya muchos años en el oficio. Desde luego que tengo ya muchos en total²². Por mi edad podría ser el padre de cualquiera de vosotros. Así que me es más agradable, con

mucho, si me lo permitís, sobre todas esas cosas daros la explicación delante de cuantos están aquí.

20. A ICCO se le menciona en *Leyes* 839e. Herádico de Selimbria (en Tracia) combinó la gimnástica y la medicina; PLATÓN lo cita en *Rep.* 406a-b. Agatocles es mencionado, en *Laques* 180d, como maestro de Damón, y Pitoclides, en *Alcibiades I* 118c, ambos, famosos músicos y teóricos.

21. Es curiosa esta afirmación de desdén por la opinión de la masa en un intelectual tan democrático como Protágoras. La frase está muy en consonancia con el pensar de Platón. (Cf. el pasaje del *Gorgias* 474a.)

22. Según el *Menón* 91e: «Protágoras murió cerca de los setenta años y después de cuarenta de profesión». Es decir, suponiendo que viviera aproximadamente entre 490 y 420, tendría en el momento de este encuentro cerca de 60 años y llevarla unos 30 de profesión como sofista.

Entonces yo, que sospeché que quería dar una demostración a Pródico e Hipias, y ufanarse de con qué amor habíamos acudido a él, dije:

d -¿Por qué no llamamos también a Pródico y a Hipias y a los que están con ellos para que nos escuchen? Desde luego, dijo Protágoras.

-¿Queréis, entonces, dijo Callas, que organicemos una asamblea, para que dialoguéis sentados?

e Parecía conveniente. Todos nosotros, contentos de que íbamos a oír a hombres sabios, recogiendo los bancos y las camas nos dispusimos junto a Hipias, ya que allí se encontraban los asientos. En esto, Calias y Alcibiades llegaron conduciendo a Pródico, al que habían levantado de la cama, y a los compañeros de Pródico.

Cuando todos estuvimos sentados, dijo Protágoras:

-Ahora ya puedes repetir, Sócrates, ya que todos éstos están presentes, el tema sobre el que hace un momento tratabas ante mí, en favor del muchacho.

Y yo respondí:

318a -Mi comienzo va a ser el mismo que hace poco, el de por qué he acudido, Protágoras. Que Hipócrates, aquí presente, estaba muy deseoso de tu compañía. Qué es lo que sacará de provecho, si trata contigo, dice que le gustaría saber. A eso se reduce nuestra petición. En respuesta, tomó la palabra Protágoras:

-Joven, si me acompañas te sucederá que, cada día que estés conmigo, regresarás a tu casa hecho mejor, y al siguiente, o mismo. Y cada día, continuamente, progresarás hacia lo mejor.

Al oírle, yo le respondí:

b -Protágoras, con eso no dices nada extraño, sino algo que es natural, ya que también tú, a pesar de ser de tanta edad y tan sabio, si alguien te enseñara alguna cosa que ahora no sabes, te harías mejor. Pero hagámoslo de otro modo: supongamos que, de pronto, este Hipócrates, cambiando su anhelo, deseara la compañía de este joven que acaba de llegar hace poco, de Zeuxipo de Heraclea, y acudiendo a él, como a ti ahora, le escuchara la misma propuesta que a ti, de que cada día en su compañía sería mejor y progresaría. Si alguien le preguntara: «¿En qué dices que será mejor y hacia qué avanzará?», le contestaría Zeuxipo que en la pintura. Y si tratara con Ortágoras el tebano y le oyera las mismas cosas que a ti, y le preguntara que en qué cosa cada día sería mejor estando en su compañía, respondería que en el arte de tocar la flauta²³. De este modo, ahora, también tú contéstanos al muchacho y a mí, que preguntamos:

23. Zeumpo o Zeuxis de Heraclea era uno de los pintores más famosos de la época (cf. *Gorgias* 453c). Ortágoras de Tebas era un famoso instrumentista del *aulós*, una especie de flauta.

- d* -Este Hipócrates que anda con Protágoras, cada día que lo trata, se retira hecho mejor y cada uno de esos días progresa... ¿en qué, Protágoras, y sobre qué?
- Protágoras, después de escucharme, dijo:
- Preguntas tú bien, Sócrates, y yo me alegro al responder a los que bien preguntan. Hipócrates, si acude junto a mí, no habrá de soportar lo que sufriría e al tratar con cualquier otro sofista. Pues los otros abruman a los jóvenes. Porque, a pesar de que ellos huyen de las especializaciones técnicas, los reconducen de nuevo contra su voluntad y los introducen en las ciencias técnicas, enseñándoles cálculos, astronomía, geometría y música -y al decir esto lanzó una mirada de reojo a Hipias²⁴. En cambio, al acudir a mí aprenderá sólo aquello por lo que viene. Mi enseñanza es la buena administración de los bienes familiares, de modo que pueda él dirigir óptimamente su casa, y acerca de los asuntos políticos, para que pueda ser él el más capaz de la ciudad, tanto en el obrar como en el decir.
- e* -¿Entonces, dije yo, te sigo en tu exposición? Me parece, pues, que hablas de la ciencia política y te ofreces a hacer a los hombres buenos ciudadanos.
- Ese mismo es, Sócrates, el programa que yo profeso.
- ¡Qué hermoso objeto científico te has apropiado, Protágoras, si es que lo tienes dominado! Pues no se te va a decir algo diferente de lo que pienso. Porque yo eso, Protágoras, no creía que fuera enseñable, y, al decirlo tú ahora, no sé cómo desconfiar. Y por qué no creo que eso sea objeto de enseñanza ni susceptible de previsión de unos hombres para otros, es justo que te lo explique. Yo, de los atenienses, como también de los griegos, afirmo que son sabios. Pues veo que, cuando nos congregamos en la asamblea, siempre que la ciudad debe hacer algo en construcciones públicas se manda a llamar a los constructores como consejeros sobre la construcción, y cuando se trata de naves, a los constructores de barcos, y así en todas las demás cosas, que se consideran enseñables y aprendibles. Y si intenta dar su consejo sobre el tema algún otro a quien ellos no reconocen como un profesional, aunque sea muy apuesto y rico y de familia noble, no por ello le aceptan en nada; sino que se burlan y lo abuchean, hasta que se aparta aquel que había intentado hablar, al ser abuchead, o los arqueros lo retiran y se lo llevan a una orden de los prítanos.
- b*
- c*
- d* Acerca de las cosas que creen que pertenecen a un oficio técnico, se comportan así. Pero cuando se trata de algo que atañe al gobierno de la ciudad y es preciso tomar una decisión, sobre estas cosas aconseja, tomando la palabra, lo mismo un carpintero que un herrero, un curtidor, un mercader, un navegante, un rico o un pobre, el noble o el de oscuro origen, y a éstos nadie les echa en cara, como a los de antes, que sin aprender en parte alguna y sin haber tenido ningún maestro, intenten luego dar su consejo. Evidentemente, es porque creen que no se trata de algo que puede aprenderse. No sólo parece que la comunidad ciudadana opina así, sino que, en particular, los más sabios y mejores de nuestros ciudadanos no son capaces de transmitir a otros la excelencia que poseen. Por ejemplo, Pericles, el padre de estos muchachos de aquí, les ha educado notablemente bien en cosas que dependían de maestros, pero en las que él personalmente es sabio, ni él les enseña ni lo confía a ningún otro, sino que ellos, dando vueltas, triscan a su antojo, como reses sueltas, por si acaso espontáneamente alcanzan por su cuenta la virtud²⁵. Por si prefieres otro caso, a Clinias, el hermano más joven de
- e*
- 319a
- 320a

24. Cf. nota 13.

25.

b Alcibiades, al que aquí ves, para quien hacía de tutor el mismo varón, Pericles, éste, por temor de que no se corrompiera con el ejemplo de Alcibiades lo separó de él y lo confió para su educación a Arifrón²⁶. Antes de que pasaran seis meses, éste lo devolvió no sabiendo qué hacer con él. Y otros muchísimos puedo citarte, que, a pesar de ser ellos buenos, jamás lograron hacer mejor a ninguno ni de los propios ni de los ajenos. Así que yo, Protágoras, atendiendo a estos ejemplos, creo que no es enseñable la virtud. Pero al oírte tal aserto, me doblego y creo que tú lo dices con alguna razón, por conocer que eres experto en muchas cosas, y muchas has aprendido y otras las has descubierto tú mismo. Así que, si puedes demostrarnos de modo más claro que la virtud es enseñable, no nos privas de ello, sino danos una demostración.

c -Desde luego, Sócrates, dijo, no os privaré de ello. ¿Pero os parece bien que, como mayor a más jóvenes, os haga la demostración relatando un mito, o avanzando por medio de un razonamiento?

En seguida, muchos de los allí sentados le contestaron que obrara como prefiriera.

-Me parece, dijo, que es más agradable contaros un mito²⁷:

25. Es difícil traducir la palabra *areté* a idiomas modernos. En general, estoy de acuerdo con la anotación de C. C. W. TAYLOR, cuando (en su comentario ya cit., págs. 745) señala: «The conventional rendering 'virtue', with its specifically moral connotations, is... highly misleading.» Pero adoptar siempre el término «excelencia», como si fuera un equivalente exacto del vocablo griego, tal como él propone, no me parece tampoco una óptima solución. Unas líneas antes hemos usado este término, aquí usamos el de «virtud», aunque advirtiendo al lector de la mucho mayor amplitud del campo semántico de *areté*, que, en su sentido, se asemeja a la *uirtus* latina o a la *virtù* renacentista, y no a la «virtud» cristiana. En una sociedad como la helénica, con una ética competitiva, agonal, la *arete* se vincula a la superioridad en todos los órdenes y al éxito social. Precisamente la moralización socrático-platónica, al interiorizar los valores morales, supondrá un cambio muy notable en ese sentido de la *areté*.

26. A Clinias se le menciona sólo otra vez en el *Alcibiades* I 118e, cuando Alcibiades se refiere a él como «una persona enloquecida». Arifrón, hermano de Pericles, compartió con él la tutoría de Alcibiades, según cuenta PLUTARCO en *Alc.*, cap. I.

27. A partir de aquí comienza «el mito de Prometeo», amañado por Protágoras para darnos su versión sofisticada sobre «los orígenes de la cultura», relato de muy varias sugerencias. He tratado de analizarlo, en contraste con otras versiones, en C. GARCÍA GUAL *Prometeo: mito y tragedia*, Madrid, 1980, páginas 47-68.

d Hubo una vez un tiempo en que existían los dioses, pero no había razas mortales. Cuando también a éstos les llegó el tiempo destinado de su nacimiento, los forjaron los dioses dentro de la tierra con una mezcla de tierra y fuego, y de las cosas que se mezclan a la tierra y el fuego. Y cuando iban a sacarlos a la luz, ordenaron a Prometeo y a Epimeteo que los aprestaran y les distribuyeran las capacidades a cada uno de forma conveniente. A Prometeo le pide permiso Epimeteo para hacer él la distribución. «Después de hacer yo el reparto, dijo, tú lo inspeccionas.»
e Así lo convenció, y hace la distribución. En ésta, a los unos les concedía la fuerza sin la rapidez y, a los más débiles, los dotaba con la velocidad. A unos los armaba y, a los que les daba una naturaleza inerme, les proveía de alguna otra capacidad para su salvación. A aquellos que envolvía en su pequeñez, les proporcionaba una fuga alada o un habitáculo subterráneo. Y a los que aumentó en tamaño, con esto mismo los ponía a salvo. Y así, equilibrando las demás cosas, hacía su reparto. Planeaba esto con la precaución de que ninguna especie fuera aniquilada.

321a

Cuando les hubo provisto de recursos de huida contra sus mutuas destrucciones, preparó una protección contra las estaciones del año que Zeus envía, revistiéndolos con espeso cabello y densas pieles, capaces de soportar el invierno y capaces, también, de resistir los ardores del sol, y de modo que, cuando fueran a dormir, estas mismas les sirvieran

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

